

# Tríptico jarocho: del son y sus perversiones

*Jesús Francisco Conde de Arriaga*



## **Primera perversión. Me voy para el fandango a ver a Nicolás**

En su diccionario etimológico, Guido Gómez de Silva consigna el probable origen de la palabra *son*: del provenzal, la palabra significa canción. Así, con una vaga abstracción que, sin embargo, es esclarecedora, se podría intentar acercarse a una definición del son mexicano. El son, tan amplio como las diversas realidades que coinciden en México, se ha disipado en tantas formas con orígenes tan similares que resulta, de pronto, imposible conocerlas todas. Sones istmeños, abajeños, calentanos, arribeños o de mariachi son conceptos que se han diluido en un imaginario social centralista, y pareciera que su perdurabilidad está supeditada a su cultivo regional, en el mejor de los casos.

De acuerdo con Gilberto Gutiérrez, integrante del grupo Mono Blanco, esta diversidad se dio por las mezclas culturales y étnicas propias de cada territorio. Dice Gilberto: “Hablamos de la región de Sotavento, donde se toca el son jarocho, y de la región de la Huasteca, donde se toca el son huasteco. Ambas regiones abarcan más de un estado, lo cual habla de regiones culturales que no tienen que ver con divisiones jurídicas y esas cuestiones. Entonces, en algún momento yo quiero pensar que todo fue una misma música que se fue regionalizando”.



Fotografías: Silvia González de León (de la serie *Con la música por dentro*)

De este modo, en el sur de Veracruz surgió una tradición que no es sólo música porque en ella convergen el baile y la poesía: el fandango. Cada uno de sus elementos es imprescindible. Wendy Cao Romero, del grupo Los Utrera, dice a propósito que “sin tarima no hay fandango, es el baile el que amalgama, por decirlo de algún modo, todos sus elementos. Uno puede tocar durante horas, pero sin la tarima, que es donde se baila, simplemente no puede existir el fandango. El baile es, además un instrumento percutivo que, junto con las versadas y la música, forma toda esta tradición”. El fandango es un acontecimiento social en las comunidades veracruzanas. Son festividades tradicionales comunitarias como velorios, bodas, bautizos, fiestas patronales, etcétera.

Es gracias a grupos como Mono Blanco o Los Utrera que la tradición adquiere vitalidad y se resignifica. Las posibilidades de comunicación actuales permiten un acercamiento mayor a esta y otras expresiones musicales. “Una de las ventajas de la masificación del son —nos dice Wendy— es que el fandango, o huapango, que es lo mismo, no va a desaparecer. Va a perdurar por muchos años”.

El camino recorrido por Los Utrera es portentoso. Han pisado con su son lugares tan alejados como Eslovenia, Dublín o Francia. En cada uno de estos lugares llevan un pedazo de su comunidad. En su honestidad y pasión radica mucho de su trayectoria. Cuenta también Cao Romero: “En vivo, en espectáculos frente al público o en la casa, siempre es lo mismo, nos divertimos. Vamos con la intención de pasarla bien,

que es lo que hacemos en cualquier lugar. En el caso de nuestras presentaciones en el extranjero, aunque no entiendan el idioma, comprenden que tenemos un trabajo que nos avala, el trabajo de don Esteban que hemos heredado; aunque él no viaja ya con nosotros, lo hemos aprendido directamente de él. Y la comunidad se transporta hacia donde nosotros vamos”. Don Esteban Utrera Lucho forjó una dinastía de músicos comprometidos. La familia ha crecido y en la sangre se lleva a cuestas la melodía de las guitarras de son. Con seis discos bajo el brazo —*Para curar un dolor* de 2010 el más reciente— Los Utrera eluden los escollos que conlleva la labor artística en este país.

Y estos obstáculos son compartidos. Para Gilberto Gutiérrez y Mono Blanco, la odisea comenzó en enero de 1980. Los nichos de trabajo eran marisquerías, restaurantes o foros independientes como el CLETA en Chapultepec. Sin embargo, no era el camino que el grupo quería. “Mono Blanco nace con una propuesta de reivindicar el son jarocho como música retomando las raíces del son campirano. Porque lo que conocíamos como son urbano era todo esto que comúnmente se le dice marisquero, porque ahí fue el nicho de trabajo. Nosotros sabíamos que eso no era el son”. Fue el encuentro con don Arcadio Hidalgo, “viejo jaranero y trovador que conoció el son de finales del siglo XIX y principios del XX”, lo que les dio “un ancla como para decir sí, lo que nosotros decimos es cierto”.

Las causas de que el camino sea largo y sinuoso son muchas. Para el jaranero de Mono Blanco, “el son mexicano es una música en resistencia, una cultura en



resistencia, porque todo el aparato, tanto del gobierno como de los medios particulares, está en contra de nosotros. Tenemos que sobrevivir a pesar de Televisa, a pesar de tv Azteca, a pesar de toda la radio nacional que trabaja más bien para la desnacionalización de la cultura mexicana”.

Pero si don Arcadio Hidalgo fue “el único de los jaraneros tradicionales que sabía que el son jarocho era una música que debía evolucionar para sobrevivir”, según el mismo Gilberto, su herencia ha permitido que otros músicos vuelvan la mirada hacia la música tradicional mexicana. “La música del siglo XXI de México tiene que salir de las raíces de la música mexicana. Ya ha habido ejemplos como Arturo Márquez, guitarristas y compositores como David Haro; también grupos como Café Tacvba y otros más que andan por ahí. Hay que cantar con el músculo del alma, así se canta el son mexicano y eso se puede llevar a la música que se esté haciendo en estos tiempos”.

### **Segunda perversión. Yo quisiera y no quisiera, y no sé si usted querrá**

Guillermo Zapata nació en Coatzacoalcos, Veracruz, en 1965. Llegó a la ciudad de México para estudiar en el Conservatorio Nacional de Música y traía el ritmo calándole los huesos. “Yo no aprendí a tocar son jarocho porque alguien me enseñara sino porque ya lo traía.

Una sorpresa para mí, grande, fue el día, hace muchos años, que mi padre me dijo: ‘Tengo un regalo para ti. Te hice una jarana’. Era una jarana de una sola pieza, es decir, escarbada, una jarana extraordinaria. Y yo desde que la vi sabía que podía tocarla. Increíble, pero es así. Yo sabía tocarla. Ni siquiera tenía que preguntar a alguien cómo hacerlo”.

La música lo ha llevado de la Casa del Poeta Ramón López Velarde a noticieros y a recibir en 2010 el Premio Nacional de Periodismo. Desde sus primeras propuestas, Zapata ha buscado distintos modos de expresión en los que el son jarocho ha dado lugar a múltiples caminos y posibilidades sonoras. Ahora es también conocido como *El Caudillo del Son*. Y él da un nuevo camino para acercarse a la definición de son: “Cuando los españoles llegaron a México, todo lo que no entendían, todas esas fusiones que se dieron de la música europea con lo autóctono, lo llamaron son. No sabían cómo llamar eso que oían. Por eso a mí me gustó cuando accidentalmente alguien me puso el apodo de *El Caudillo del Son*, que era para burlarse, para chingar. Finalmente, cuando lo razoné, me gustó porque lo que yo hago es son, y no sólo el son actual, sino el son-ido como dice Francisco Hernández, el Sonido, el sonido de un país”.

Una de sus primeras propuestas fue el grupo Reloj de Arena, en donde musicalizaba poemas de poetas

mexicanos con distintos ritmos: Manuel Acuña, Francisco Hernández, Justo Sierra. “Vicente Quirarte me propuso grabar, componer música a poemas del siglo XIX. Uno de ellos fue el ‘Nocturno a Rosario’, de Acuña. Cuando vi el poema me daba de topes porque decía: ‘¿Cómo voy a musicalizar este poema tan cursi?’. Y el reto era bajarle lo cursi con la música”.

Este músico, investigador, historiador y restaurador de canciones tuvo después de Reloj de Arena un proyecto mayor: La Mata del Son. En este grupo, el compositor veracruzano seguía musicalizando a poetas —Jorge Esquinca, Rubén Bonifaz Nuño—, pero tenía la particularidad de sumar entre sus filas a tres generaciones de soneros mexicanos: Luis Martínez, Chico Andrade, Eduardo Lara, *El Negro* Domínguez, Paco Ocampo y Pepe Vallejo, entre muchos otros. “Cuando comenzamos el proyecto de La Mata del Son todo mundo me miraba como el advenedizo, evidentemente. Además, los otros soneros me odiaban o me miraban mal porque yo estaba dirigiendo a los mejores soneros de México sin ser hijo de soneros, no tenía linaje ni formación sonera. Sin embargo, todo eso se superó con calidad, con la música”.

Cuando termina el ciclo de La Mata, Guillermo Zapata compone una canción que fue, en sus palabras, un “parteaguas, novedoso para mí y novedoso para el país”. El son que retrataba la entrevista del comandante Castro con el presidente Fox se llamaba “Comes y te vas”. “Se había hecho canción política de manera sencilla. Hubo gente importante como Óscar Chávez, pero en su época tú no podías hablar directamente del nombre del presidente ni del secretario de gobernación ni de ninguno. Era otro momento, todo era sugerido. Fue una intuición, hacerle canciones al presidente siendo presidente

fue algo nuevo. Y del caballo no me voy a bajar, por supuesto, ya me monté en él y sigo. Y claro, los premios también te dan cierto respaldo. Ya no es tan fácil que te censuren, que te digan algo o que te amenacen”.

Como restaurador de canciones e investigador, Guillermo Zapata ha grabado lo mismo letras de canciones de José Joaquín Fernández de Lizardi en reggaetón que las décimas que Miguel Hidalgo escribió en la cárcel antes de su fusilamiento. El Caudillo es cronista y heredero de la crónica del siglo XIX: “Uno es hijo de la gente que admira, yo admiro a Guillermo Prieto, a *Micrós*, a Chava Flores, a *Cri-Cri*, a Pérez Prado. Como admiro a toda esta gente, a estos compositores, cronistas la mayoría, pues reúno muchas cosas que me gustan de ellos. Y las reúno con la conciencia de que pueden ser un testimonio”.

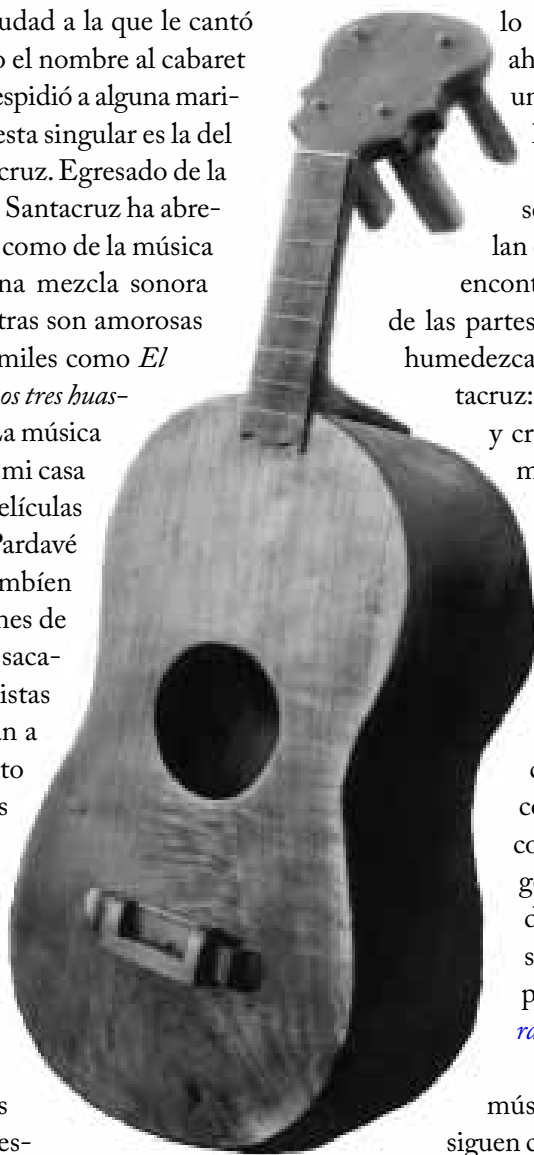
### **Tercera perversion. ¡Ay, qué bonito es volar!**

Los acordes y melodías veracruzanas se han extendido por lugares insospechados. Los músicos que practican este género han tomado plazas antes impensables. Una



de éstas es Nueva York, la ciudad a la que le cantó John Lennon y la que le puso el nombre al cabaret donde la Sonora Santanera despidió a alguna mariposa equivocada. Una propuesta singular es la del músico chilango Rana Santacruz. Egresado de la banda noventera La Catrina, Santacruz ha abrevado tanto del son mexicano como de la música irlandesa. El resultado es una mezcla sonora que seduce y provoca. Sus letras son amorosas y remiten a estadios tan disímiles como *El libro de la selva*, de Disney, o *Los tres huastecos*, de Ismael Rodríguez. “La música mexicana se ha escuchado en mi casa desde niño. Me acuerdo de películas de Pedro Infante, Joaquín Pardavé y demás con mis papás. Y también recuerdo bien que algunos fines de semana invitaban a mis tíos, sacaban el tequila y las ‘musi-pistas rancheras’ de vinil y se ponían a cantar. También desde chiquito me gustaba el Dixieland y más adelante descubrí la música irlandesa por medio de The Pogues y me volví loco de la emoción. Más tarde me di cuenta de que a pesar de ser muy diferentes todos estos géneros tenían bastantes cosas en común: todos son géneros acústicos pero escandalosos al mismo tiempo. Todos tienen instrumentos como polvosos y todos son muy pintorescos y con mucho colorido. Más que seguir un proceso racional simplemente me sentí conectado con este tipo de música”.

Las distintas posibilidades expresivas que la música otorga son infinitas. Cada músico toma de ellas



lo que necesita para comunicarse. De ahí que tantas formas hayan firmado un pacto de amasiato; la partitura es el lecho en donde cada una de las tradiciones serpentea hacia la otra, donde se revuelcan sus compases y se refocilan en melodías gozosas. La dificultad es encontrar el pacto justo, en donde ninguna de las partes pierda su esencia y, al contrario, se humedezcan con el sudor ajeno. Dice Rana Santacruz: “La música tradicional me encanta, y creo que hay que tratarla con mucho, mucho respeto. México tiene muchos géneros musicales y muy diferentes. Tenemos mariachi, son jarocho, son huasteco, tambora... en fin. Respeto tanto este tipo de música que se me haría muy pretencioso y arriesgado llamarme un exponente de esta música. Yo hago canciones con estructuras más pop-rock pero con colores e influencias folk. Estoy consciente de las diferencias entre estos géneros que me influyen y tomo tintes de aquí y de allá”. En su primer disco solista se encuentra esta vocación; se puede escuchar su trabajo en [www.ranasantacruz.com](http://www.ranasantacruz.com).

Y junto a él hay una infinidad de músicos de distintas generaciones que siguen cultivando la música tradicional mexicana: Radio Jarocho, Son de Madera, Los Cojolites, el Mariachi Real de México, Octavio Rebolledo, Lila Downs, Susana Harp, Celso Duarte, Los Vega, el Grupo Estanzuela, Chuchumbé, etc. Algunos más cercanos que otros a la tradición, todos van conformando el caleidoscopio a través del cual el lector atento sabrá encontrar señales en las que pueda reconocerse. **▲▲**